

SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS

23 de mayo de 2021

- **Hch 2, 1-11.** Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar.
- **Sal 103. R.** Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra.
- **1 Cor 12, 3b-7. 12-13.** Hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo.
- **Jn 20, 19-23.** Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo; recibid el Espíritu Santo.

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos».

(Juan 20, 19-23)

1. Desde la Palabra de Dios

En Pentecostés —siete semanas después de la Pascua— Israel conmemoraba dos acontecimientos: la recolección de las cosechas (Ex 23, 16; 34, 22) y la promulgación histórica de la Alianza en el Sinaí (la entrega de los diez mandamientos). En ese día se llenaba Jerusalén de peregrinos, que llegaban de diferentes lugares cercanos y lejanos. Los cristianos celebramos en Pentecostés la efusión sobre la Iglesia naciente del Espíritu Santo.

El evangelista Juan ya va señalando que el domingo es el día más importante para los discípulos, porque acontece en ese día la resurrección de Jesús, de ahí que el relato comience con la precisión cronológica: «al atardecer del primer día de la semana».

Es la nueva creación, señalada por la presencia y acción del Resucitado, que nos trae una nueva creación: «Yo hago nuevas todas las cosas» (Ap 21, 5). El Resucitado va a dominar las tinieblas del miedo de los discípulos y va a abrir todas las puertas cerradas. En Juan la entrega del Espíritu por parte de Jesús se hace en este momento —es San Lucas quien de modo pedagógico, señala la efusión del Espíritu en la fiesta de las Semanas y diez días después de la Ascensión—.

Por dos veces, Jesús da la paz a sus discípulos, tan necesitados de ella. La paz que es el compendio de todos los bienes que el Señor regala, de los dones del Espíritu Santo.

La paz, la auténtica, nos viene de Jesús Resucitado. Es el don que nos serena, nos pacifica y nos libera de angustias, temores, complejos y pecados.

La paz incluye también el perdón de los pecados. La presencia de Jesús Resucitado regala ampliamente a sus discípulos y en ellos a la Iglesia el perdón y la plenitud de la paz.

Y tras el don de la Paz, la efusión: «recibid el Espíritu Santo» (v. 22). El regalo del Espíritu, del Amor del Padre y del Verbo, transmitido por el Resucitado, introduce a los discípulos y a toda la humanidad en una la nueva creación.

Como en la primera creación (Gn 2, 7), aquí el Primogénito de todo lo creado, repite el soplo creador, el “Ruah Yahveh”, sobre el nuevo Pueblo de Dios. El soplo es el aire, el Espíritu de Dios, que lo penetra todo y, por él, nos trasmite la vida de Dios.

El Espíritu hizo renacer a la vida a los discípulos tímidos y huidizos. El Espíritu los cambió totalmente, renaciendo a la vida nueva. Se fueron por todo el mundo y entregaron su vida por el Evangelio.

La misión que Jesús encomienda a los discípulos es un fuego interior, que quema, purifica, enardece y anima. Con el fuego del Espíritu salen los discípulos a la plaza pública para predicar sin ningún miedo la Buena Noticia de Jesús.

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En la fiesta de hoy de Pentecostés culmina el tiempo pascual, centrado en la muerte y resurrección de Jesús. Esta solemnidad nos hace recordar y revivir el derramamiento del Espíritu Santo sobre los apóstoles y los demás discípulos, reunidos en oración con la Virgen María en el Cenáculo (cf. Hechos de los Apóstoles 2, 1-11). Aquel día se inició la historia de la santidad cristiana, porque el Espíritu Santo es la fuente de la santidad, que no es el privilegio de unos pocos, sino la vocación de todos. Por el bautismo, de hecho, estamos todos llamados a participar en la misma vida divina de Cristo y con la confirmación, a convertirnos en testigos suyos en el mundo.

«El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes, en el santo pueblo fiel de Dios» (Exhort. ap. Gaudete et exsultate, 6). «Dios quería santificar y salvar a los hombres, no individualmente y sin ninguna conexión entre ellos, sino que quiere convertirlos en un pueblo, reconociéndolo según la verdad y servirlo en santidad» (Cost. Dogm. Lumen gentium, 9).

Ya por medio de los antiguos profetas el Señor había anunciado al pueblo este designio suyo. Ezequiel: «Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcaís según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas. [...] Vosotros seréis mi pueblo

yo seré vuestro Dios» (36, 27-28). El profeta Joel: «Yo derramaré mi Espíritu en toda carne. Vuestros hijos e hijas profetizarán. [...] Hasta en los siervos y las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días. [...] Todo el que invoque el nombre de Yahveh será salvo» (3, 1-2.5). Y todas estas profecías se realizan en Jesucristo, «mediador y garante de la efusión perenne del Espíritu» (Misal Romano, Prefacio después de la Ascensión). Y hoy es la fiesta de la efusión del Espíritu.

Desde aquel día de Pentecostés, y hasta el fin de los tiempos, esta santidad, cuya plenitud es Cristo, se entrega a todos aquellos que se abren a la acción del Espíritu Santo, y se esfuerzan en serle dóciles. Es el Espíritu el que hace experimentar una alegría plena. El Espíritu Santo, viniendo a nosotros, vence la sequedad, abre los corazones a la esperanza, estimula y favorece la maduración interna en la relación con Dios y el prójimo. Es lo que dice san Pablo: «El fruto del Espíritu es amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí» (Gálatas 5, 22). Todo esto hace el Espíritu en nosotros. Por eso, hoy festejamos esta riqueza que el Padre nos da.

Pidamos a la Virgen María que obtenga hoy un Pentecostés renovado para la Iglesia, una renovada juventud que nos dé la alegría de vivir y testimoniar el Evangelio e «infunda en nosotros un intenso anhelo de ser santos para la mayor gloria de Dios» (Gaudete et exsultate, 177).

(Papa Francisco. 20/05/2018)

3. Desde el fondo del alma

Ven Espíritu Divino,
manda tu luz desde el cielo,
Padre amoroso del pobre;
don en tus dones espléndido;

luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma,
divina luz y enriquécenos.
Mira el vacío del hombre
si Tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado
cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,
lava las manchas, infunde
calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus Siete Dones
según la fe de tus siervos.
Por tu bondad y tu gracia
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno.